

170.—*El arte en el tiempo reservado al trabajo.*

Poseemos la conciencia de una época *laboriosa*: eso no nos permite reservar al arte las mejores horas y las mejores mañanas, aun cuando ese arte fuese más grande y más digno. Es, á juicio nuestro, cuestión de ocio, de recreo: le dedicamos *los restos* de nuestro tiempo y de nuestras fuerzas. Ese es el hecho principal que ha cambiado la situación del arte frente á frente de la vida: cuando el arte apela á los preceptivos por grandes exigencias de tiempo y de fuerza, tiene *contra* sí la conciencia de los hombres laboriosos y de los hombres útiles; se ve reducido á las personas indolentes y sin conciencia que, por su naturaleza, no están precisamente inclinadas hacia el *gran arte* y que consideran como una insolencia sus pretensiones. Pudiera, pues, suceder muy bien que el arte concluyese, porque carece de aire y de libre respiración: ó bien sería preciso que intente aclimatarse en otra atmósfera (ó al menos poder vivir en ella), en una atmósfera que es al fin y al cabo la atmósfera del arte *pequeño*, del arte del reposo y de la distracción entretenida. Así ocurre ahora casi en todo; los artistas del gran arte prometen también un recreo y una abstracción, se dirigen también al hombre fatigado y le preguntan las horas de sus jornadas de trabajo, lo mismo que los artistas que quieren recrear y que están satisfechos de haber logrado una victoria sobre la frente de severas arrugas y sobre los ojos hundidos. ¿Cuáles son, pues, los artificios de sus más ilustres compañeros? Estos tienen en sus armas los excitantes más poderosos que llegarían á espantar al hombre medio muerto; poseen específicos enervantes, medios de emborrachar, de debilitar, de provocar crisis de lágri-

mas; por todos esos medios subyugan al hombre fatigado y le ponen en un estado de insomnio, de agotamiento, de frenesí y de temor. ¿Tendría derecho á sentir rencor hacia el gran arte, tal como hoy existe bajo la forma de ópera, de tragedia y de música, á causa de los medios peligrosos, como sentiría rencor hacia un pecador astuto? Seguramente que no; porque preferiría cien veces vivir en el elemento puro del silencio matinal y dirigirse á las almas llenas de vida, de fuerza y de expectativa, á las almas de la mañana en los espectadores y los oyentes. Agradezcámosle que prefiera vivir así, á huir; pero confesemos también que, para una época que traiga á la vida días de fiesta, de alegría y de libertad, nuestro *gran arte* será inutilizable.

171.—*Los empleados de la ciencia y los otros.*

Pudiera llamarse «empleados» á los sabios verdaderamente inteligentes y coronados de éxito. Cuando en la juventud su sagacidad se ejercita lo suficiente y su memoria se pone en juego; cuando la mano y el ojo tienen seguridad, un sabio de más edad que ellos les señala un puesto donde pueden ser útiles sus habilidades; más tarde, cuando han adquirido la mirada que les hace ver los puntos débiles y las lagunas de su ciencia, se colocan en los sitios donde se necesita de ellos; pero hay otras naturalezas más extrañas, rara vez coronadas de éxito y que rara vez llegan á estar en sazón por completo: son los hombres «á causa de los cuales existe la ciencia» (al menos á ellos mismos les parece que así es): hombres á menudo desagradables, muchas veces presuntuosos, en ocasiones tercos, pero casi siempre algo encantadores. No son ni empleados ni jefes; se sirven de lo que los demás han

realizado y establecido por su trabajo, con cierta resignación altiva y elogios medianos y raros: como si éstos perteneciesen, en cierto modo, á una especie de seres inferiores. Y, sin embargo, no poseen cualidades distintas de aquellas por las cuales se distinguen los demás y hasta les ocurre que desarrollan éstas en menor grado; además, tienen una estrechez de espíritu que falta á éstos y á causa de la cual no es posible colocarlos en un puesto y ver en ella instrumentos útiles; no pueden vivir más que *en su propia atmósfera*, en su propio terreno. Esta estrechez de espíritu les permite reconocer lo que en una ciencia les «pertenece», es decir, lo que pueden introducir en su atmósfera y en su morada; siempre se forman la ilusión de reunir su propiedad dispersa. Si se les impide construir su propio nido, perecen como pájaro sin albergue. La falta de libertad les sumerge en la consunción. Si utilizan ciertas regiones de la ciencia de la manera que los demás serán siempre solo aquellas en que prosperan los granos y los frutos que les son necesarios: ¿qué les importa que la ciencia posea, en su totalidad, comarcas incultas y mal cultivadas? No toman ninguna parte *impersonal* en un problema del conocimiento: por lo mismo que están penetrados de su personalidad, todas sus experiencias y todo su saber se confunden de nuevo en una sola individualidad, cuyas diferentes partes dependen una de otra, se sustituyen una á otra y se sostienen recíprocamente; una individualidad que, en conjunto, respira una atmósfera propia y exhala un aroma peculiar. Esas naturalezas producen, por medio de esos sistemas de conocimientos *personales*, la *ilusión* que consiste en creer que una ciencia (y hasta toda la filosofía) ha llegado sus límites y ha conseguido su fin; la *vida* que hay en

su sistema ejerce ese encanto: y ese encanto ha sido en ciertas épocas muy nefasto para la ciencia y engañador para esos trabajadores del espíritu verdaderamente hábiles, pero en otras épocas, cuando reinaban la sequedad y el agotamiento, era como un bálsamo y como el soplo refrescante que viene de un lugar tranquilo de reposo. Generalmente á esos hombres se les llama *filósofos*.

172.—*Gratitud del talento.*

Cuando atravesé el pueblo de S., un rapazuelo se puso á restallar la tralla con todas su fuerza; era maestro en este arte y lo sabía. Yo le dirigí una mirada de gratitud; pero en el fondo aquello me causaba *un daño horrible*. Así obramos á menudo en la admiración que sentimos por muchos talentos. Les hacemos bien cuando nos hacen mal.

173.—*Risa y sonrisa.*

Cuanto más alegre y seguro de sí mismo se hace el espíritu, más olvida el hombre la risa ruidosa; por el contrario, deja escapar continuamente una sonrisa más intelectual, signo de su asombro á causa de las innumerables semejanzas ocultas que hay en la buena existencia.

174.—*Conversación de los enfermos.*

Del mismo modo que cuando uno siente gran angustia en el alma se mesa los cabellos, se golpea la frente, se araña las mejillas, ó también como Edipo, se arranca los ojos; del mismo modo, contra violentos dolores físicos, se apela á un sentimiento de viva amargura, acordándose, por ejemplo, de sus calumniadores

y de los que sospechan de vosotros, obscureciendo nuestro porvenir, lanzando mentalmente burlas y puñetazos contra los ausentes. Y á veces es cierto que un diablo echa á otro, pero entonces es otro que se tiene en sí. Por eso hay que recomendar á los enfermos esta otra diversión que parece contribuir á endulzar los dolores: reflexionar en los beneficios que se pueden hacer á los amigos y á los enemigos.

175.—*La medianía como disfraz.*

La medianía es el mejor disfraz que el espíritu superior puede llevar, porque la mayoría, es decir, los medianos, no creen que hay en eso un disfraz (y, sin embargo, por causa de esta mayoría es por lo que el espíritu superior emplea el disfraz), para no irritar, y, en casos no muy raros, por compasión y por bondad.

176.—*Los pacientes.*

El pino parece escuchar, el abeto parece oír, y ambos escuchan sin impaciencia; no piensan en el hombre mezquino, que á sus pies está devorado por su impaciencia y su curiosidad.

177.—*Las mejores chanzas.*

Hago la mejor acogida á la chanza que se desliza en vez de un pensamiento pesado y vacilante, y que es al mismo tiempo un signo de la mano y un guiñar del ojo.

178.—*Accesorios de toda veneración.*

Siempre que se venera el pasado no hay que dejar entrar á los meticulosos que quieren dejar vacío el puesto. La piedad no se siente á gusto sin algo de polvo, de basura y de fango.

179.—*El gran peligro de los sabios.*

Son precisamente los sabios más distinguidos y más serios los que corren el peligro de ver el objeto de su vida rebajado cada vez más; porque tienen el sentimiento de que, en la segunda parte de su existencia, se harán cada vez más atrabiliarios y quisquillosos. Comienzan por arrojar en su ciencia con vastas esperanzas, y se atribuyen tareas audaces cuyo objeto ya, á veces, anticipa su imaginación; hay entonces momentos semejantes á los que se encuentran en la vida de los grandes navegadores que van á descubrir; el saber, el presentimiento y la fuerza se elevan mutuamente cada vez más, hasta que una costa lejana y nueva aparezca por vez primera ante la vista. Pero el hombre severo observa de año en año, cada vez más, cuánto importa que la tarea particular del investigador se encierre en límites tan restringidos como es posible, para que se pueda resolverla *sin residuo*, y evitar ese insoportable derroche de fuerzas de que sufrían los períodos anteriores de la ciencia; todos los trabajos se hacían entonces diez veces, y era siempre la undécima vez cuando tenían que decir la última palabra: la mujer. Sin embargo, cuanto más aprende el sabio á conocer esta manera de resolver los problemas sin residuo, cuanto más ejercita este método, mayor será el placer que sienta; pero la severidad de sus pretensiones, por respecto á lo que aquí se llama «sin residuo», aumentaría. Pone aparte todo lo que en este sentido debe quedar incompleto; husmea y repugna todo lo que no es soluble más que á medias; detesta todo lo que no puede dar una especie de certeza sino tomado en su generalidad, con contornos vagos. Sus

planes de juventud se derrumban ante su vista; apenas quedan algunos nudos que deshacer, y á este trabajo se dedica ahora el maestro con alegría, afirmando su fuerza. Entonces, en medio de esta actividad tan útil y tan infatigable, él, el hombre envejecido, se siente á veces sobrecogido de un profundo desaliento, de un sentimiento que acaba por reproducirse más á menudo y que se asemeja á una especie de tortura de conciencia; su mirada se fija en sí mismo, como si viese á alguien transformado, á alguien que se ha empequeñecido y rebajado hasta convertirse en un enano ágil; se preocupa de saber si la soberanía en las cosas pequeñas no es una especie de casualidad, un refugio ante las voces secretas que aconsejan dar amplitud á la vida. Pero no puede pasar *al otro lado*; es demasiado tarde para eso.

180.—*El maestro en la época de los libros.*

Como la educación particular y la educación por pequeños grupos se generaliza cada vez más, casi se puede prescindir del educador, tal como ahora existe. Algunos amigos, ávidos de saber que quieren apropiarse juntos un conocimiento, encuentran, en la época de los libros, un camino más sencillo y más natural que la «escuela» y el «maestro».

181.—*La vanidad considerada como la cosa más útil.*

Primitivamente el individuo fuerte trata, no sólo á la naturaleza, sino también á la sociedad y á los individuos débiles, como objetos de presa: los expresa como puede, luego continúa su camino. Porque vive en la incertidumbre, alternando entre el hambre y la abundancia, más bestias de lo que puede consumir,

saquea y maltrata más nombres de lo que sería necesario. Su manifestación de fuerza es al mismo tiempo una expresión de venganza contra su estado de miseria y de temor: quiere, además, pasar por más poderoso de lo que es, por eso abusa de las ocasiones: el excedente de temor que engendra es para él un excedente de fuerza. Nota á tiempo que no es lo que *es*, sino aquello por lo cual *pasa* que lo sostiene ó lo abate: ese es el origen de la *vanidad*. El poderoso trata por todos los medios posibles de aumentar la fe en su poder. Los que le están sujetos, que tiemblan ante él y le sirven, saben, por otra parte, que no valen exactamente sino por lo que están *reputados*: por eso trabajan á favor de esta reputación y no á favor de su satisfacción personal. No conocemos la vanidad sino en sus formas más tenues, cuando no se revela más que sublimada y á pequeñas dosis, porque vivimos en una época tardía y muy suavizada de la sociedad: primitivamente era la cosa *más útil*, el medio de conservación más violento. Ahora bien; la vanidad será tanto mayor cuanto que el individuo sea más circunspecto; porque es más fácil aumentar la creencia en la fuerza que aumentar la fuerza misma; pero esto sólo ocurre con el que tiene *ingenio*; ó bien, como debe decirse de los estados primitivos, con el que es *astuto* y *disimulado*.

182.—*Pronósticos de la cultura.*

Hay tan pocos indicios decisivos de la cultura, que es preciso alegrarse de poseer al menos uno que sea infalible, para servirse de él en su casa y en su jardín. Para examinar si alguien es de los nuestros ó no (quiero decir, si forma parte de los espíritus libres), hay que informarse de sus sentimientos respecto del

cristianismo. Si toma otro punto de vista que el punto de vista crítico, hay que volverle la espalda: nos traerá un aire impuro y del mal tiempo. No es *nuestra* tarea enseñar á tales hombres lo que es un viento de siroco; tienen á Moisés y á los profetas del tiempo y de la razón; si no quieren escucharlos, ¡qué le hemos de hacer!

183.—*Vengan á su tiempo la cólera y el castigo.*

La cólera y el castigo nos han sido legadas por la especie animal. El hombre no se emancipa sino dando á los animales ese regalo de bautismo. Hay allí oculta una de las mayores ideas que los hombres puedan tener: la idea de un progreso único entre todos los progresos. ¡Avancemos juntos algunos millares de años, amigos! Muchas alegrías están todavía reservadas á los hombres, alegrías cuyo olor no ha llegado hasta los del presente. Ahora bien; tenemos derecho á permitirnos esta alegría, á invocarla y á anunciarla como algo necesario, con tal de que el desarrollo de la razón humana *no se detiene*. Llegará un día en que no se quiera aceptar el pecado *lógico* que se oculta en la cólera y en el castigo, practicados individualmente ó en sociedad: será el día en que la cabeza y el corazón sabrán estar tan cerca uno de otro como alejados están ahora. Al dirigir una mirada sobre la marcha general de la humanidad, se nota bastante bien que están menos distantes uno de otro de lo que estaban primitivamente. Y el individuo que puede abarcar de una ojeada toda una existencia de trabajo interior, llegará á adquirir conciencia, con un júbilo orgulloso, de la distancia salvada, de la aproximación que se ha llevado á cabo, y osaría aventurar esperanzas más nobles.

184.—*Origen de los pesimistas.*

Una cucharada de un buen alimento decide, á menudo que miremos el porvenir con ojos de desesperación ó de esperanza; eso es cierto aun en las cosas más elevadas y más intelectuales. El descontento y las ideas negras se han *transmitido* á las generaciones actuales por los famélicos de otras épocas. Aun en nuestros artistas y en nuestros poetas, obsérvase á menudo, á pesar de la opulencia de su vida, que no tienen buen linaje, que su sangre y su cerebro guardan despojos del pasado, recuerdos de antecesores mal alimentados y oprimidos durante su vida, lo cual se manifiesta en sus obras por el objeto y el colorido que escogen. La civilización de los griegos es una civilización de personas que poseen, cuya fortuna es de origen antiguo; vivieron mejor que nosotros á través de muchas generaciones (mejor bajo todas las formas, y, ante todo, mucho más sencillamente, desde el punto de vista del alimento y bebida); pero el cerebro se hizo á la vez tan lleno y tan sutil, cuando la sangre se puso á circular rápidamente, semejante á un alegre vino claro. Produjeron, pues, lo que hay de bueno y de mejor, no con colores sombríos, llenos de éxtasis y de violencia, sino con radiaciones de belleza y de sol.

185.—*De la muerte razonable.*

¿Qué es lo más razonable: detener la máquina cuando la obra que se le exigía se ejecuta, ó bien dejarla marchar hasta que se detiene por sí misma, es decir, hasta que se destroza? Este último procedimiento, ¿no es un despilfarro de los gastos de manteni-

miento, un abuso de las fuerzas y de la atención de los que dirigen la máquina? ¿No se propaga inútilmente lo que sería muy necesario? ¿No es propagar una especie de desprecio respecto de las máquinas en general, sostenerlas y dirigir tan gran número inútilmente? Quiero hablar de la muerte involuntaria (natural) y de la muerte voluntaria (razonable). La muerte natural es la muerte independiente de toda voluntad, la muerte propiamente *irrazonable*, en que la miserable sustancia de la corteza determina la duración del hueso; en que, por consiguiente, el carcelero ahilado, enfermo y embrutecido, es dueño de determinar el momento en que debe morir su noble prisionero. La muerte natural es el suicidio de la naturaleza, es decir, la destrucción del ser más razonable por la cosa más irrazonable que se ha asociado á él. Sólo colocándose en el punto de vista religioso, puede suceder lo contrario, porque entonces, como es justo, la razón superior (Dios) da sus órdenes, á las cuales debe someterse la razón inferior. Abstracción hecha de la religión, la muerte natural no merece una glorificación. La sabia disposición, respecto de la muerte, pertenece á la moral del porvenir, que parece ahora incomprensible é inmoral; pero cuya aurora debe ser una felicidad indescriptible contemplar.

186.—*Mirando hacia atrás.*

Todos los criminales obligan á la sociedad á adquirir grados de civilización anteriores á aquel donde se encuentra en el momento en que se verifica el crimen; obran hacia atrás. Piénsese en los instrumentos que la sociedad se ve obligada á crearse y mantener para su defensa; en el policía astuto, en el verdugo,

en el carcelero; pregúntese al fin si el juez mismo y el castigo y todo el procedimiento judicial, en sus efectos sobre el no criminal, no son á propósito para deprimir, más bien que para elevar. Nunca será posible revestir á la legítima defensa y á la venganza del vestido de la inocencia; y cada vez que se utiliza y sacrifica al hombre, como un medio para cumplir el fin de la sociedad, toda la humanidad superior se entristece.

187.—*La guerra como un remedio.*

A los pueblos que se hagan débiles y miserables, podría aconsejárseles la guerra como un remedio; á condición de que quieran á toda costa continuar viviendo: porque para la consunción de los pueblos hay también una curación de brutalidad. Pero querer vivir eternamente y no poder morir, es ya un síntoma de senilidad en el sentimiento. Cuanto más se vive con amplitud y superioridad, más dispuesto está uno á arriesgar su vida por un solo sentimiento agradable. Un pueblo que vive y siente así, no necesita guerras.

183.—*Transplantación intelectual y corporal como remedio.*

Las diferentes culturas son climas intelectuales, cada uno de los cuales es particularmente perjudicial ó saludable en tal ó cual órgano. La *historia*, en su conjunto, siendo la ciencia de las diferentes culturas, es la ciencia de los *remedios*, si no la terapéutica misma. Por eso es necesario un médico que utilice la ciencia de los remedios para mandar á cada uno al clima que le es particularmente saludable, por un momento solamente, ó bien para siempre. Vivir en el

presente, en el ambiente de una sola cultura, no basta como prescripción universal; porque entonces perecerían demasiadas especies de hombres infinitamente útiles que no pueden respirar en buenas condiciones. Con ayuda de los estudios históricos, hay que darles el *aire* y tratar de conservarlos; los hombres de las civilizaciones atrasadas, tienen también su valor. A más de esta curación del espíritu, es menester que la humanidad comprenda, por lo que atañe á las cosas corporales, á saber, por medio de una geografía médica, cuáles son las degeneraciones y las enfermedades que provoca cada comarca de la tierra, y, al contrario, cuáles son los factores de curación que presenta: es preciso entonces que los pueblos, las familias y los individuos se trasplanten sin cesar, hasta que uno haya aniquilado las enfermedades hereditarias. La tierra entera acabará por ser un conjunto de estaciones sanitarias.

189.—*El árbol de la humanidad y la razón.*

Lo que teméis con una senil miopía como un exceso de población sobre la tierra, es para los que tienen más esperanza que nosotros, una tarea grandiosa: es preciso que la humanidad sea algún día un árbol que ha de sombrear la tierra entera, con muchos millares de flores, que se convertirán en frutos; por eso es preciso desde ahora preparar la tierra para cultivar este árbol. Aumentar la savia, y la fuerza que acelerará el desarrollo ahora *mínimo* todavía, hacer circular en innumerables canales esta savia necesaria á la nutrición del conjunto y de lo particular; de tales tareas, ó tareas semejantes, se puede deducir la *medida* para apreciar si un hombre de hoy es útil ó inútil.

La tarea no tiene límites, es grandiosa y temeraria: todos queremos participar de ella á fin de que el árbol no se pudra antes de tiempo. El espíritu histórico conseguirá tal vez figurarse en imaginación al ser humano y á la actividad humana, semejantes, en el conjunto del tiempo, á la organización de las hormigas, á un hormiguero ingeniosamente edificado. Si la juzgamos superficialmente, toda la humanidad nos parece regida por el instinto, como la organización de las hormigas. Pero, después de un examen severo, observamos que pueblos enteros se han esforzado, durante algunos siglos, en descubrir y en *poner á prueba* nuevos métodos, por los cuales se pueda hacer bien á la gran colectividad humana, y, por último, al gran árbol frutal de la humanidad; y, cualquiera que sea el daño causado durante esas pruebas á los individuos, á los pueblos y á las épocas, habrá siempre individuos que hayan adquirido *sabiduría*, y esta sabiduría se propagará lentamente con arreglo á los métodos que adoptarán épocas y pueblos enteros. Las hormigas yerran y se engañan también; la humanidad puede muy bien perecer y secar antes de tiempo, por la locura de los medios empleados; no hay ni para una ni para otras un seguro instinto conductor. Nos es preciso, á pesar de todo, *arrostrar* frente á frente esta tarea grandiosa, que consiste en *preparar* la tierra para recibir una planta de la más grande y de la más alegre fecundidad, y esta es una tarea que tiene por enseña la razón por la razón.

190.—*El elogio del desinterés y su origen.*

Entre dos jefes de partida vecinos, había querrela desde mucho tiempo ha: se saqueaban las cosechas,

se robaban los rebaños, se incendiaban las casas, con éxitos dudosos, puesto que las dos fuerzas eran casi iguales. Un tercero, que, por la situación aislada de sus dominios, podía estar á salvo de estas disputas, pero que, sin embargo, tenía razones para temer el día en que uno de esos vecinos quisquillosos llegase á una preponderancia definitiva, se interpuso, finalmente, con benevolencia y solemnidad entre los dos partidos en lucha: y secretamente agregaba á sus proposiciones de paz un peso serio, dando á entender á cada uno de los dos beligerantes que en adelante haría causa común con la víctima de quien rompiese la paz. Se congregaron ante él; se pusieron con vacilación en su poder las manos que hasta entonces habían sido los instrumentos, y muy á menudo las causas del odio: y se llevaron á cabo realmente serias tentativas para mantener la paz. Cada cuál vió con asombro cómo su bienestar y su comodidad aumentaban de repente, y encontró en el vecino, en vez de un malhechor pérfido ó arrogante, un negociante dispuesto á la compra y á la venta; hasta vió que, en casos de necesidad imprevista, se podía, recíprocamente, sentir angustia en lugar de explotar, como se había hecho hasta entonces, esta angustia del vecino, y llevarla al colmo, si fuese posible. Hasta pareció que la especie humana se había hecho más fuerte desde entonces en los dos bandos: porque los ojos se habían iluminado, las frentes se habían despojado de arrugas, y todos habían sentido confianza en el porvenir: nada es más saludable á las almas y á los cuerpos de los hombres que esta confianza. Se volvían á ver todos los años, en el día de la alianza, tanto jefes como partidarios, en presencia del mediador, cuya manera de obrar se admiraba y veneraba; ¡tan inmenso era

el beneficio que se le debía!... Se llamaba *desinteresada* esta manera de obrar, porque se tenía demasiado en cuenta la ventaja personal que se había sacado de la intervención, para ver, en la manera de obrar del vecino, otra cosa que este hecho: las condiciones de existencia de éste no se habían transformado del mismo modo que la de los beligerantes reconciliados por él; al contrario, habían permanecido idénticas; parecía, por consiguiente, que no hubiese tenido en cuenta su interés. Por primera vez, se dijo entonces que el desinterés era una virtud: seguramente, en las cosas privadas é insignificantes, se habían dado á menudo casos semejantes, pero no se fijó la atención en esta virtud, cuando se manifestaba por vez primera, como si estuviese escrita en gruesos caracteres legibles para toda la sociedad. Reconocidas como virtudes, embozadas con un nombre, explanadas en fórmulas recomendadas por el uso, tales fueron las cualidades morales á partir del momento en que decidieron *visiblemente* de los destinos y de la felicidad de sociedades enteras. Desde entonces, en *muchas personas*, la elevación de los sentimientos y el estímulo de las fuerzas creadoras interiores se han hecho tan grandes, que se ofrecen regalos á estas cualidades morales, trayendo cada cual lo mejor que tiene; el hombre serio pone á sus pies su seriedad; el hombre digno, su dignidad; las mujeres, su dulzura; los jóvenes, todo lo que es en ellos rico de esperanza y de porvenir; el poeta les atribuye palabras y nombres, los introduce en la ronda de los seres mágicos, les señala un cuadro genealógico y acaba por adorar, como hacen los artistas, á las criaturas de su imaginación, como á nuevas divinidades; hasta *enseña* á adorarlas. Así, una virtud acaba, porque el amor y la gratitud de todos trabajan en ella,



como en una estatua, por convertirse en una aglomeración de todo lo que es bueno y digno de veneración, como si fuese á la vez una especie de templo y de personalidad divina. Se erige en adelante como una virtud especial, como un ser aparte, lo que no lo era hasta ahora, y ejerce los derechos y la fuerza de que dispone una sobrehumanidad santificada. En la Grecia de la decadencia, las ciudades estaban llenas de esas abstracciones divinas humanizadas (perdónese la frase singular á causa de la idea singular); el pueblo se había combinado á su manera una especie de «cielo de las ideas» á la manera platónica, y no creo que se haya sentido la impresión de este habitante celeste con menos viveza que la de una divinidad cualquiera pasada de moda.

191.—*Tiempo de oscuridad.*

Se llama en Noruega «tiempo de oscuridad» á las épocas en que el sol permanece durante toda la jornada encima del horizonte: en ese intervalo de tiempo la temperatura baja sin cesar lentamente. ¡Qué maravilloso símbolo para todos los pensadores, ante los cuales el sol del porvenir humano se ha oscurecido por algún tiempo!

192.—*La filosofía de la opulencia.*

Un jardincito, higos, queso, y además tres ó cuatro buenos amigos: esa fué la opulencia de Epicuro.

193.—*Las épocas de la vida.*

Las verdaderas épocas de la vida son esos momentos de parada entre la ascensión y el descenso de una idea dominante ó de un sentimiento directo. Siéntese

de nuevo saciedad; todo lo demás es sed y hambre, ó disgusto.

194.—*El sueño.*

Nuestros sueños son, en el caso en que, por excepción, se prosigan una vez y se acaben (generalmente el sueño es una obra á medio concluir), encadenamientos simbólicos de escenas é imágenes, en lugar de su relato en lenguaje literario. Modifican los acontecimientos, las condiciones y las esperanzas de nuestra vida, con una audacia y una previsión poética, que nos asombran siempre por la mañana cuando nos acordamos. Derrochamos en demasía nuestro sentido artístico durante nuestro sueño, y por eso somos durante el día tan pobres de él.

195.—*Naturaleza y ciencia.*

Del mismo modo que en la naturaleza, en la ciencia los terrenos peores y más infecundos son los que primero se desmontan, porque para eso bastan casi los medios que posee la ciencia *incipiente*. La explotación de los dominios más fecundos tiene por condición una fuerza enorme y cuidadosamente desarrollada en los métodos, resultados particulares ya adquiridos, y un equipo de obreros organizados y ejercitados; y esto tarda mucho en reunirse. La impaciencia y la ambición se apoderan á menudo muy pronto de esos dominios fecundos, pero los resultados son nulos. En la naturaleza esas tentativas se pagarían muy caras, porque harían morir de hambre á los desmontadores.

196.—*Vivir con sencillez.*

Hoy día es difícil un género de vida sencillo; se necesita mucha más reflexión y espíritu inventivo de lo